

## *HOMO SACER*: EL NUEVO SUJETO DEL FIN DE LA HISTORIA

Clara MUÑOZ MORALES  
*Universidad de Oviedo*

RESUMEN: En este texto, trataremos de relacionar el concepto de *nuda vita* del filósofo Giorgio Agamben con el movimiento político y filosófico del operaísmo italiano y de su particular concepción del sistema de producción capitalista. Para ello, analizaremos brevemente las transformaciones que desde los años sesenta, a partir de mayo del 68 y debido a la introducción paulatina de las nuevas tecnologías TIC en el aparato productivo. Estas transformaciones cambiaron la naturaleza del trabajo tal y como hasta ahora se había conocido, así como la forma de acumulación del capital que, en la actualidad, reviste el formato de la financiarización de la economía.

*Palabras clave*: nuda vita; capitalismo; trabajo; financiarización; operaísmo.

ABSTRACT: In this text, we will try to connect the concept of «nuda vita» by philosopher Giorgio Agamben with the political and philosophical movement of the Italian Operaism. Specifically, its particular understanding of the capitalist production system. In order to do this, we will briefly analyze the transformations that took place from the 1960s, starting with May 68, and due to the gradual introduction of new information and communication technologies (ICTs) within the productive apparatus. These transformations altered the nature of work as it had been known until then, as well as the form of capital accumulation, which currently takes the shape of the financialization of the economy.

*Keywords*: nuda vita; capitalism; labour; financialization; operaism.

## 1. INTRODUCCIÓN

ESTE TEXTO SE COMPONE DE TRES PARTES. En la primera, explicaremos el significado de los tres conceptos clave que figuran en el título de este trabajo. La razón de esto estriba en su posterior imbricación en las coordenadas teóricas del operaísmo italiano. Estos conceptos son: la noción de *sujeto* propia del pensamiento de Michael Foucault con su particular énfasis en la contradicción inherente a este término; el concepto de *Homo sacer* del filósofo italiano Giorgio Agamben y su estrecha vinculación con la *nuda vida*; y finalmente, la particular concepción del «Fin de la Historia» de Fukuyama como la síntesis expresiva más aparentemente reveladora de nuestra época.

En la segunda parte, introduciremos brevemente el contexto económico, político y social que favoreció las transformaciones en el aparato de producción capitalista contemporáneo. Dichas transformaciones han motivado un cambio sustancial en la naturaleza del trabajo de tal forma que este quedará ahora indefectiblemente unido a la explotación y valorización directa de la nuda vida. Estas operaciones se podrán dar vía relación laboral/salarial o vía financiarización de la economía (la nueva forma que ha adoptado la forma de acumulación actual). En la tercera y última parte, perfilaremos algunas conclusiones al respecto.

## 2. PRIMERA PARTE: MARCO CONCEPTUAL

Tal y como apuntamos más arriba, comenzaremos trazando un marco conceptual previo tomando como referencia los tres conceptos clave que aparecen en el título. La explicación de estos términos pondrá de manifiesto la forma bajo la cual se van a emplear en el resto del texto cuando aparezcan.

La noción de sujeto es recogida directamente del pensamiento de Michel Foucault. La razón de esta decisión es que desde las coordenadas teóricas del pensamiento foucaultiano se logra plasmar la ambivalencia inherente a dicha noción, así como su relación necesaria con el poder. Existe una forma de poder –nacida específicamente en la modernidad y con el despliegue de diversas disciplinas y saberes científicos– que constituye a los sujetos ligándolos a una ley de verdad (o a campos de veridicción). Esta operación los une y dota de sustancia a su identidad. Pero al mismo tiempo, facilita el ejercicio

de este poder que requiere para ejercerse mejor de sujetos ya constituidos. A través de dicha noción de sujeto vemos entrelazarse los campos del conocimiento ya disciplinado (que da lugar a las ciencias actuales) y del poder.

Una de las disciplinas actuales que ejerce esta forma de poder con más vehemencia es la economía política contemporánea. El despliegue de su aparato conceptual ofrece a los individuos formas de identificación (como trabajador, como autónomo de primera o segunda generación, como emprendedor, etc.) a través de las cuales estos pueden comprender su posición en el entramado sociopolítico y actuar en él. Al mismo tiempo que de esta forma se constituyen las conciencias, el poder que se ejerce sobre ellas adopta paulatinamente la forma de autocontrol o autodisciplinamiento.

La expresión *Homo sacer* fue puesta en circulación por el filósofo italiano Giorgio Agamben en 2007<sup>1</sup>. Designa la contradicción inherente entre la sacralidad de la nuda vida y la ausencia de pena al matarla en los casos de una figura histórica determinada. Soberano es quien es capaz de determinar lo que es lauda vida generando situaciones de excepción creadas por la ausencia de un estatuto jurídico que proteja e identifique al sujeto. Por esta razón, la soberanía moderna se halla estrechamente ligada al ejercicio político del biopoder: es decir, a la biopolítica que en el capitalismo contemporáneo se ejerce desde las instancias de los mercados financieros y el aparato productivo. Me centraré específicamente en la noción de nuda vida que, como veremos en la parte del operaismo, se ha convertido en una fuente directa de valorización en el capitalismo contemporáneo. Las cualidades más comunes (capacidad comunicativo-relacional) de la nuda vida de los trabajadores son puestas, gracias a la implementación de las TIC, al servicio del aparato productivo.

Publicada en 1992, la obra de Francis Fukuyama titulada *El fin de la Historia y el último hombre* constituye quizás el manifiesto inaugural de una nueva. En ella se celebra la caída del Muro de Berlín como el fin de todas las luchas ideológicas en torno a cuál podría ser el mejor régimen político y económico posible. La disolución del bloque soviético era la prueba definitiva de que la democracia parlamentaria liberal, así como la economía de libre mercado se conformaban no sólo como las mejores formas de gobierno, sino como las únicas legítimamente posibles. La experiencia de los totalitarismos de izquierda (comunismo) y derecha (fascismo) debería servir como pre-

monición y advertencia para cualquier tentativa que quiera ir más allá de las coordenadas político-económicas ya establecidas. Liberalismo económico combinado con democracia parlamentaria liberal parecía la fórmula definitiva del éxito para gobernar cualquier país existente: los obstáculos con los que esta fórmula se topaba (incremento de la pobreza, radicalización de grupos étnicos y religiosos, etc.) eran meras dificultades empíricas cuya solución estribaría en un refinamiento más agudo de la fórmula ya dada. En ningún caso el problema se encontraría en la fórmula *per se*.

Esta lectura histórica del fin de los grandes macro relatos que habrían dotado de sustancia e identidad a la humanidad, especialmente a lo largo de los siglos XIX y XX, se encuentra estrechamente vinculada a la supuesta desaparición de la ideología como forma de discurso que genera «falsa conciencia» en los sujetos que viven en pos de unos supuestos también «falsos intereses» (la nación, el comunismo, etc). Los nuevos problemas medioambientales y sociales a los que se enfrenta la sociedad requerirían, así pues, de actitudes pragmáticas centradas en las situaciones concretas y disposición para el consenso entre los diversos Estados si estos quieren resolver los principales conflictos contemporáneos. Conflictos que, en no pocas ocasiones, son meramente reducidos al «choque entre civilizaciones» (en el caso de los conflictos internacionales) o al choque intercultural (en el caso de conflictos intranacionales). El enemigo, bajo este paradigma de comprensión de lo político, adoptaría necesariamente la forma del otro intolerante, extremista o fundamentalista.

Muchas han sido las críticas emprendidas frente a esta forma de comprender el panorama internacional, sobre todo desde algunos autores posmarxistas contemporáneos. Algunas de ellas subrayan que es una forma de comprensión que no logra abarcar la complejidad de los conflictos actuales, a los que subyecerían no meramente (tal y como desde este paradigma parece entenderse) la ideología de determinados grupos o individuos radicalizados, sino también, y sobre todo, entramados políticos y económicos de cuya existencia unos agentes estarían extrayendo ventaja en detrimento de otros.

En el año 2000 se publicó *Imperio*: una obra entre cuyas tesis principales podemos encontrar una reinterpretación del famoso concepto del *Fin de la Historia* de Fukuyama. Bajo esta nueva concepción, el fin de la historia haría referencia al fin de la soberanía moderna al menos en los términos en los cuales se había concebido hasta ahora. Más en

concreto, se relaciona dicha expresión con el fin de las crisis propias de la soberanía moderna y de las contradicciones en términos binarios que esta generaba entre un interior y un otro exterior al que se rechazaba, pero del que se servía para identificarse y tomar conciencia de cuáles eran los atributos específicos de la modernidad occidental. El fin de estas contradicciones no quiere decir que las contradicciones como tal hayan dejado de darse. Simplemente han sido desplazadas por otras de otro tipo entre las que destaca una: la contradicción entre el carácter cada vez más social o común de la producción y el carácter cada vez más privado de la acumulación<sup>2</sup>.

Dicha contradicción asume una manifestación particular: del lado de los procesos de producción tenemos «el hecho de que estos [...] vienen extendiéndose cada vez más sobre el fondo de la explotación y de la “captura” de la productividad de potencias abstractas y comunes –del saber al *bios*, de la cooperación social a aquella que Carlo Vercellone define como la “producción del hombre por el hombre”<sup>3</sup>. La producción asume cada vez más la forma de bio-producción: de aprovechamiento de las capacidades más ligadas a la nuda vida del trabajador de forma tal que sobre el trabajo ya no se incorpora la base del valor, sino que por sí mismo, por las cualidades que pone en juego, es un componente mismo de valor. Estas capacidades o cualidades tienen que ver con la introducción de la comunicación, el conocimiento, los afectos en la esfera productiva.

Del lado de la acumulación del capital, nos encontramos con el proceso de financiarización de la economía:

la financiarización de la economía ha sido un proceso de recuperación de la redituabilidad del capital después de un periodo de descenso de la tasa de ganancia; un dispositivo exterior a los procesos directamente productivos para acrecentar la redituabilidad del capital. [...] La financiarización, en consecuencia, se ha estructuralizado, convirtiéndose a todos los efectos en el *modus operandi* del capitalismo contemporáneo<sup>4</sup>.

Las finanzas se han dado histórica y periódicamente en el capitalismo. Autores como Arrighi es su libro *Caos y orden en el sistema-mundo moderno* (1999) han señalado que la financiarización forma parte de uno de los momentos de los sucesivos ciclos económicos por los que transcurre el capital. En concreto, por aquellos periodos de crisis en los que la extracción de plusvalía es dificultada. En esta ocasión, tal y como apuntan algunos autores del operaísmo italiano,

no nos encontraríamos ante la fase final de un viejo ciclo económico y ante los albores de uno nuevo. Por el contrario, estaríamos ante la nueva forma que adoptaría el proceso de acumulación dentro del capitalismo contemporáneo.

### 3. SEGUNDA PARTE: OPERAÍSMO ITALIANO

El operaísmo es una corriente de filosofía política nacida en Italia que examina los cambios que se han producido en los modos de acumulación y en los procesos productivos a raíz de las transformaciones en la clase obrera y los movimientos sociales. Si bien muchos de los autores de esta corriente emplean el aparato conceptual del marxismo, reconocen también que dadas las transformaciones actuales que se han sucedido en la organización de la producción, el trabajo y al interior mismo de la clase obrera, dicho marco teórico debe ser completado con las aportaciones de otras corrientes como el psicoanálisis, el postestructuralismo, etc.

Una de las cuestiones más analizadas y estudiadas dentro del operaísmo es la modificación del modo y de la forma de organizar la producción que ha repercutido en la transformación de la naturaleza del trabajo. Esta transformación implica una involucración mayor en términos físicos y psíquicos del trabajador respecto del proceso productivo mismo. ¿Por qué se han dado estas mutaciones? Para responder a esta pregunta debemos perfilar, aunque sea brevemente el contexto social e histórico en el que se dieron estos cambios.

Este contexto está marcado fundamentalmente por la crisis del fordismo como forma de organizar la producción, el empleo y las instituciones requeridas para su correcto funcionamiento. Esta crisis está íntimamente vinculada a otra serie de factores entre los que cabe destacar: la aparición de las TIC y su aplicación en el aparato productivo dando como resultado un nuevo paradigma de la organización y gestión productiva (el toyotismo), los movimientos estudiantiles y obreros de mayo del 68 que se encargaron de realizar toda una serie de críticas al paternalismo y a la estructura jerárquica de la empresa fordista así como de demandar una mayor autonomía y flexibilidad para el trabajador<sup>5</sup>, la crisis del petróleo con la consiguiente inflación de los precios en las materias primas, etc.

Junto a estos factores de carácter histórico, es relevante señalar las consecuencias a nivel simbólico e ideológico que tuvieron posteriormente la Caída del Muro de Berlín así como el derrumbe de la URSS. Si bien es cierto que ya muchos intelectuales habían dejado de tomar como referencia política a la URSS, su desplome constituyó para muchos el punto y final de la resistencia al capitalismo. A la celebración de la democracia liberal como única forma de gobierno legítima según Fukuyama, se unieron las teorizaciones sobre la «modernidad reflexiva» o la «sociedad del riesgo» de intelectuales como Giddens y Beck, que ayudaron a apuntalar la ideología predominante de la nueva era. El celebrado «fin de la historia» de Fukuyama no significa el fin de los problemas: las sociedades actuales tenían que enfrentarse a nuevos desafíos que, según estos autores, debían encararse abandonando las viejas luchas ideológicas entre izquierda y derecha, así como las viejas formas de organización social y política que aparecían ahora obsoletas ante la magnitud de cuestiones como la medioambiental, por ejemplo. Tenemos, por tanto, que la crisis de las instituciones del paradigma fordista involucra también a aquellas organizaciones que habían tradicionalmente asumido la representación de los trabajadores y de la clase proletaria: esto es, sindicatos, partidos, etc.

Las consecuencias de todas estas transformaciones, tanto a nivel institucional como a nivel conceptual, son extensas y ambiguas. Sí coincidimos con Zizek cuando afirma que:

Quizá es aquí donde debe ser localizado uno de los peligros principales del capitalismo: aunque sea global y abarque el mundo entero, sostiene una constelación ideológica *sensu stricto* «privada de mundo» despojando a la gran mayoría de la población de cualquier cartografía cognitiva significativa<sup>6</sup>.

Esta carencia que menciona el pensador esloveno de una «cartografía cognitiva significativa» o de un «mapa conceptual y simbólico» adecuado ha dificultado no solamente la experiencia de muchos trabajadores (a veces denominados desde el operaísmo como el nuevo «precariado») que no se ven ya representados por los sindicatos debido a las nuevas transformaciones en el aparato productivo y en la naturaleza misma del trabajo, sino también la labor de la crítica política que no podía ver siquiera las nuevas modificaciones debido a esta falta conceptual significativa.

Dentro de todos estos reajustes y modificaciones del aparato productivo, especialmente gracias al empleo de las TIC, nos encontramos ante una nueva composición técnica del trabajo caracterizada por la puesta a trabajar de atributos o cualidades ligados a la vida: en especial la comunicación, el conocimiento y los afectos.

Las tecnologías digitales abren una perspectiva completamente nueva para la producción. Han puesto a trabajar las cualidades más comunes, más públicas de la fuerza del trabajo, es decir, el lenguaje, la acción comunicativa-relacional. Esto es el resultado tanto de la revolución toyotista, como de la aplicación generalizada de las tecnologías de la información y de los procesos de externalización<sup>7</sup>.

Especialmente relevante ha sido la introducción de la comunicación dentro de la esfera misma de la producción. El modo de producción bajo la égida del *just in time* implica necesariamente la agilización de los flujos de información: la aceleración y facilitación de la comunicación entre mercado (demanda) y producción (oferta) con el fin de evitar la acumulación de *stocks* y de producir justo lo necesario para la demanda efectiva.

Además de la comunicación como factor productivo determinante, tenemos también los análisis que se centran en la capacidad productiva del trabajo afectivo-relacional: la creación de nuevas redes sociales y de comunidades. Ya no solamente en determinados ámbitos (como el académico, por ejemplo) se ha vuelto determinante la capacidad de los sujetos de crear nuevas relaciones (de «hacer contactos» como se suele decir), sino que incluso para acceder a un puesto en el mercado laboral esta actividad se ha vuelto en gran parte influyente. Ya dentro del mercado de trabajo, proliferan los empleos en los que los trabajadores se ven obligados a tratar de crear redes con nuevos clientes para ofrecerles nuevos productos (piénsese en los teleoperadores pero también en las ofertas de programas de educación y formación de másteres, etc.), fidelizar la cartera de los clientes, cobrar deudas a los mismos, contactar con acreedores, etc. Consecuencia indeseable de ello es la servilización tendencial del trabajo, ya no solo del sector servicios sino de cualquier sector productivo.

Las propiedades que caracterizan estas fuerzas productivas son su carácter común y su inmaterialidad. La inmaterialidad de las nuevas facultades objeto de valorización dificulta su expropiación, aunque no su alienación. También dificulta su remuneración ya que surgen

una serie de problemas cuando se intenta establecer la prestación laboral en los antiguos términos de la producción material.

Que el contexto biopolítico sea objeto de valorización del capital, conduce a que las relaciones de explotación y la expropiación del plusvalor ya no se den dentro simplemente de los límites de la fábrica fordista o de la empresa, sino que se extienda a toda la sociedad que opera como una única fuerza productiva en su conjunto<sup>8</sup>.

Como hemos visto antes, nuevas fuerzas y nuevas posiciones de trabajo afectivo caracterizan a la fuerza de trabajo, tanto como lo hace el trabajo intelectual. Biopoder es la definición de estas capacidades productivas de vida que son tanto corporales como intelectuales. Los poderes de la producción hoy son, de hecho, totalmente biopolíticos; en otras palabras, atraviesan y constituyen directamente no sólo la producción sino todo el ámbito de la reproducción. El biopoder se vuelve un agente de producción cuando todo el contexto de la reproducción es subsumido bajo el mando capitalista, es decir, cuando la reproducción y las interrelaciones vitales que la constituyen se vuelven directamente productivas. Biopoder es otro nombre para la subsunción real de la sociedad bajo el capital, y ambos son sinónimos del orden productivo globalizado<sup>9</sup>.

Nos encontramos entonces con que en la medida en que se ponen en juego elementos antes relegados a la esfera considerada no directamente productiva (el propio carácter del trabajador incluso), los procesos de producción de valor se extienden a la esfera de la reproducción y de la distribución. El tiempo de trabajo, el tiempo de formación de valor, se extiende más allá de la jornada laboral oficialmente estipulada. Además, estos –dicho con la terminología actual– «yacimientos de competencias»<sup>10</sup> que se ponen en juego no han sido acompañados en la mayoría de los casos con un aumento salarial. Suponen para el trabajador una intensificación de su implicación en el trabajo que se traduce en la mayoría de los casos en una forma de explotación no tan visible pero sí más penetrante.

Estas orientaciones de la nueva gestión empresarial son a menudo presentadas, como ya hemos visto, como un esfuerzo por orientar el mundo del trabajo en un sentido «más humano». Pero pueden dar pie, sin embargo, a nuevas posibilidades de explotación, como tendremos ocasión de desarrollar más adelante en esta obra. Por el momento nos limitaremos a señalar que, entre estos nuevos dispositivos, aque-

llos que son justificados no sólo por la disminución de los costes salariales y por los incrementos en la productividad que procuran, sino también por su intención de romper con las formas tayloristas del trabajo, consideradas con razón inhumanas (enriquecimiento de tareas, mejoras de las condiciones de trabajo), son, desde este punto de vista, particularmente ambiguos. La taylorización del trabajo consiste en tratar a los seres humanos como máquinas. Pero el carácter rudimentario de los métodos empleados, precisamente porque se insertan en una perspectiva de robotización de los seres humanos, no permite poner directamente al servicio de la obtención de beneficios las propiedades más humanas de las personas: sus afectos, su sentido moral, su honor, su capacidad de invención. Al contrario, los nuevos dispositivos que reclaman un compromiso total y que se apoyan en una ergonomía más sofisticada, integrando las aportaciones de la psicología posbehaviorista y de las ciencias cognitivas, precisamente y hasta cierto punto, porque son más humanas, penetran también más profundamente en el interior de las personas, de las que se espera que se «entreguen» –como suele decirse– a su trabajo, haciendo posible así una instrumentalización de los seres humanos precisamente en aquello que los hace propiamente humanos<sup>11</sup>.

Otra de las consecuencias derivada de estas transformaciones en la naturaleza del trabajo es que se desdibuja la línea de separación entre fuerzas productivas (el trabajador) y medios de producción. El trabajador puede ser considerado como copropietario de esas herramientas, pero a la vez se encuentra en una posición alienada respecto de ellas. No tanto del producto de su trabajo como de la actividad misma que pone al servicio de otros ese conocimiento, esos afectos, etc.

En todas estas modificaciones en la naturaleza del trabajo y en el aparato productivo, encontramos lo que muchos autores han denominado como un «desajuste» o «vacío» de contenido de las categorías que usualmente se emplean para comprender dichos fenómenos y que empleaban los propios sujetos para dar sentido a su experiencia. Las distinciones conceptuales que han acompañado el desarrollo de la economía fordista tienden a desdibujarse: es difícil marcar la línea de separación entre tiempo de trabajo y tiempo de no trabajo (u ocio) cuando las facultades que se emplean en ellas son las mismas y son objeto de valorización económica (¿en qué momento uno está simplemente charlando con un compañero de trabajo o «haciendo contactos», por ejemplo?), o cuando en ambos momentos se emplea el mismo aparato (el ordenador, por ejemplo) tanto para realizar el trabajo productivo (pro-

grammar) como para descansar de él (jugar con videojuegos), o cuando el lugar de trabajo y de descanso se solapan en una misma habitación (como ocurre en el teletrabajo).

Estos cambios en la composición del trabajo y en la forma bajo la cual este se experimenta arrastran consigo una transformación en el modo de acumulación, que, como ya dijimos anteriormente adopta la manifestación de la financiarización de la economía. Este proceso comenzó, de nuevo, con la crisis del modelo fordista de producción.

Como las precedentes, esta financiarización parte también de un bloqueo en la acumulación entendido como no reinversión de los beneficios en los procesos directamente productivos (capital constante y capital variable). [...] Por esos años estaban dadas todas las premisas para una reedición de la clásica financiarización basada sobre la dicotomía entre economía real (industrial) y economía monetaria, con el consiguiente desvío de porciones de beneficio hacia los mercados financieros de forma tal de asegurar un crecimiento de las ganancias sin acumulación. [...] La transición del modo de producción fordista al «capitalismo gerencial financiero» que está en la base del capitalismo financiero contemporáneo se explica, en efecto, a la luz de la caída de las ganancias industriales entre los años sesenta y setenta debida al agotamiento de las bases tecnológicas y económicas del fordismo, en particular a la saturación de los mercados de bienes de consumo de masas como efecto de la rigidez de los procesos productivos, del capital constante y del salario obrero políticamente «mantenido por la fuerza a la baja». En la cima de su desarrollo, y dada una determinada composición orgánica del capital (C/V), el capitalismo fordista ha cesado de estar en condiciones de «succionar» plusvalor al trabajo obrero vivo<sup>12</sup>.

A este proceso de financiarización que comenzó con la crisis del modelo fordista habría que añadirle toda una serie de factores que contribuyeron a forjar «el crecimiento sin acumulación» de las que habla (en este caso) Marazzi en este texto. Estos tienen que ver con el abaratamiento de los costes de producción: sobre todo, la deslocalización de grandes empresas con países con bajos salarios y poca protección para los trabajadores (o «internacionalización selectiva de la producción»), el empleo de grandes cadenas de subcontratación, la automatización y robotización de procesos laborales completos, etc.

Tal y como se sugiere en el texto, muchos críticos y analistas vieron en este proceso la repetición de uno de los momentos determinantes de un antiguo ciclo económico. Sin embargo, esta situación pareció

estancarse y, sobre todo, mutar en su extensión y profundidad. La financiarización de la economía se trata de un proceso que se da desde la producción misma hasta el consumo y que se extiende por todas las esferas vitales. No se encuentra anclada al tradicional ámbito de la producción, sino que también, y debido a las transformaciones del aparato productivo en curso y a la nueva naturaleza del trabajo, a la esfera de la reproducción. En palabras de Andrea Fumagalli:

En aquellos años, da comienzo así la rearticulación del ejercicio del poder estatal y empresarial sobre la renta de los trabajadores y sobre su propia vida, con un doble efecto: ampliar la base de la participación en los mercados financieros y hacer depender de la cotización bursátil cuotas crecientes de las rentas del trabajo diferido, distribuyendo de ese modo el riesgo financiero privado sobre toda la colectividad. Se trata de la emblemática transición del tradicional poder de control y disciplinamiento de la vida de los individuos por parte del Estado (a través de formas de coacción directa e indirecta en la participación laboral) al poder étéreo, aparentemente no coercitivo e individualizado (pero al mismo tiempo «público», es decir, erga omnes) de los mercados financieros. La dependencia de las futuras condiciones de vida de la marcha de los mercados bursátiles se convierte en control social directo (no mediado), es decir autocontrol, es decir biopoder<sup>13</sup>.

Encontramos, así, el ejercicio del biopoder por parte de los mercados bursátiles sobre la nuda vida de los trabajadores. Su futuro, en forma de fondos de pensiones y fondos de inversión se dirigen, en vez de al Estado a los mercados financieros. No se trata de una nueva «reedición» del mantra según el cual el Estado se ha debilitado y ha perdido ante el mercado: se tiene que tener en cuenta que este ejercicio de poder se ejerce a través de los aparatos del Estado. Su figura en este desarrollo, no es inocente. El Estado coopera en la aplicación de las medidas de los mercados globales de capitales, transformándose también en el proceso.

Ahora bien, gracias a las nuevas cualidades y habilidades que las fuerzas productivas están poniendo en juego –habilidades que requieren intrínsecamente de la cooperación entre diversos sujetos– el aparato productivo puede cada vez más organizarse autónomamente. El capital pierde así incluso su rol de gestor y organizador del trabajo dentro de la producción ya que son los propios trabajadores los que se encargan de repartir las tareas y el tiempo necesarios para la consecución de unos objetivos que, eso sí, son preestablecidos por el capital. El modo de acumulación debe necesariamente asumir una posición

externa respecto del proceso productivo mismo. Esto no quiere decir que el control haya desaparecido.

De hecho, asume una posición particular: mientras tenemos, por un lado, una internacionalización selectiva de la producción en países con bajos salarios, poca protección y pocas infraestructuras de bienestar establecidas, tenemos por otro lado una centralización del control económico y financiero en determinadas grandes urbes como Shanghái o Nueva York<sup>14</sup>. Es un único proceso de acumulación que toma formas diferentes en función de la nueva división internacional del trabajo. Estas transformaciones y divisiones en la composición técnica del trabajo, influyen de manera decisiva en su composición política. Los nuevos trabajadores de muchos países de la OCDE no se ven representados por las organizaciones tradicionales, como los sindicatos que en múltiples ocasiones siguen poniendo el foco de sus medidas en la figura en declive del obrero-fordista que, a lo largo del siglo XX conformó la gran mayoría de lo que se denominó «clase media». Con la deslocalización de las empresas y el aumento de la precariedad, los antiguos miembros de esa clase han quedado hoy dispersos sobre todo entre las clases más bajas, que no parece que encuentren otra representación política adecuada sino en el populismo.

No se debe apartar la vista del hecho de que, incluso dentro de estas grandes urbes y dentro de los principales países de la OCDE, en lo que prima la forma de trabajo inmaterial<sup>15</sup>, el capital ejerce su control mediante dos mecanismos muy asociados a la nuda vida de la fuerza laboral: por un lado, la precarización y, por otro lado y asociado más al emplazamiento de trabajo, toda una serie de dispositivos que van desde el control por objetivos, hasta la individualización salarial para fomentar la competitividad entre trabajadores, pasando por la identificación entre empleado y empresa, etc.

La precarización es un mecanismo que opera no solamente instalando la flexibilidad en los contratos, las jornadas laborales o incluso los salarios (contrato por horas, los falsos autónomos, contratos de prácticas, etc.) dificultando cada vez más la proyección a futuro de la nuda vida de unos trabajadores que se ven cada vez más hundidos en una incertidumbre emparentada con no pocas patologías y enfermedades psíquicas de nuestra era, sino también dificultando el acceso o privatizando las condiciones sociales de producción (educación, sanidad, etc.), que podrían contribuir en la reproducción social. En cuanto a los mecanismos asociados al lugar de trabajo destaca el

uso común, por ejemplo, de sistemas KPI (indicadores clave de rendimientos) en el sector servicios (sobre todo tiendas de ropa) para monitorear el que los trabajadores logren cumplir un determinado número de objetivos diarios.

#### 4. CONCLUSIONES

Las transformaciones en la naturaleza del trabajo y en la forma de organizar la producción involucran cada vez más la nuda vida de los propios trabajadores. Estos tienen que poner en juego cualidades antes relegadas a la esfera privada que hoy constituyen el núcleo de valorización de los bienes inmateriales. Estas nuevas prácticas podrían estar en la base de un nuevo sujeto político (diferente del obrero masa del fordismo) para el que, sin embargo, la economía contemporánea, carece de formas y conceptos de identificación. De ahí el carácter sintomático y a la vez precario de esta nueva fuerza de trabajo que, aunque presente en la realidad económica, carece hoy en muchos sentidos de una representación y un reconocimiento político y económico de su estatus productivo. Acompañando a estas transformaciones como la otra cara de la misma moneda, encontramos el desarrollo de la financiarización de la economía: un proceso especialmente presente en aquellos sectores de la misma en los que prima la inmaterialidad del proceso o de los bienes producidos (el mercado de deuda, por ejemplo).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGAMBEN, Giorgio. *Homo sacer: Sovereign Power and Bare Life*. California: Stanford University Press, 1998.
- BOLTANSKI, Luc y Ève CHIAPELLO. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal, 2002.
- FUKUYAMA, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Madrid: Planeta, 1994.
- FUMAGALLI, Andrea. *Bioeconomía y capitalismo cognitivo*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2010.
- MEZZADRA, S. et al. *La gran crisis de la economía global. mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Madrid: Editorial Traficantes de Sueños, 2009.
- NEGRI, Antonio y Michel HARDT. *Imperio*. Barcelona: Paidós, 2015.

- SASSEN, Saskia. *The global city: New York, London, Tokyo*. Princeton University Press, 2013.
- ŽIŽEK, Slavoj. *Seis reflexiones marginales sobre la violencia*. Barcelona: Paidós, 2009.

## NOTAS

- 1 G. AGAMBEN. *Homo sacer: Sovereign Power and Bare Life*. California: Stanford University Press, 1998.
- 2 Tesis recogida de la siguiente obra: MEZZADRA, S. *et al. La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2009, pp. 94-95.
- 3 Fumagalli *et al.*, 2009, p. 16.
- 4 *Ibid.* p. 96.
- 5 Para profundizar en esto, véase: L. BOLTANSKI, E. CHIAPELLO. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal, 2002.
- 6 S. ŽIŽEK. *Seis reflexiones marginales sobre la violencia*. Barcelona: Paidós, 2009, p. 80.
- 7 A. FUMAGALLI. *Bioeconomía y capitalismo cognitivo*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2010, p. 80.
- 8 «El campo como localización dislocante es la matriz oculta de la política en que todavía vivimos, la matriz que tenemos que aprender a reconocer a través de todas sus metamorfosis, tanto en las *zones d'attente* de nuestros aeropuertos como en ciertas periferias de nuestras ciudades» (G. AGAMBEN, *Homo sacer: Sovereign Power and Bare Life*, *op. cit.*, pp. 222-223). Lleva razón Agamben al sostener que la misma matriz biopolítica que sustentó el campo de concentración podría hoy rastrearse en muchos de nuestras supuestas democracias liberales. Lo que algunos operaístas proponen es radicalizar esta interpretación: mostrar que esa matriz no subyace solamente a determinados barrios periférico de algunas grandes ciudades, sino a las ciudades en su conjunto.
- 9 A. NEGRI, M. HARDT. *Imperio*. Barcelona: Paidós, 2015.
- 10 En el ámbito de la gestión empresarial, se denomina a estas nuevas cualidades objeto de valorización para la contratación del trabajador el «saber estar» por oposición al «saber hacer» o al mero «saber».
- 11 BOLTANSKI, L y CHIAPELLO, E. *El nuevo espíritu del capitalismo.*, *op. cit.*, p. 252.
- 12 A. FUMAGALLI. *Bioeconomía y capitalismo cognitivo*, *op. cit.*, pp. 31-32.
- 13 *Ibid.* p. 50.
- 14 S. SASSEN. *The global city: New York, London, Tokyo*. Princeton University Press, 2013.
- 15 *Cognitariado* es el nuevo concepto que desde las coordenadas teóricas del operaísmo italiano se le ha venido a denominar a esta nueva fuerza de trabajo que destaca por su implicación cognitiva, afectiva y relacional dentro del proceso de producción de valor. En algunos de sus autores, tomaría la forma del nuevo sujeto político que habría sustituido a la figura clásica del obrero industrial.